

□ □ □ La Cisterna □ □ □

¡Cisterna, limpia cisterna,
esmeralda clara y pura,
que rebosa la frescura
de alguna corriente eterna,

en la gran desolación
del desierto polvoriento!..
¡Así es, labio sediento,
para ti, mi corazón!..



o hay nada
más triste y miserable
que un águila enjaulada...

¡Así mi corazón, aventurero
nostálgico de todo lo lejano,
se muere prisionero
en la cárcel de rosas de tu mano!...

Garras tuvo, es verdad, garras de acero
y alas recias... Y ahora,
alas y garras, ¿para qué os quiero?...

¡Mi corazón,
a sí mismo, en silencio, se devora
por no poder huir de su prisión!

II



ASÓ, pasó dejando
sólo un temblor de sombra sobre el muro
y como un vaho de ensueño en el espejo...

¿Quién eres? — dijo el corazón, temblando
de que fuese un recuerdo, que al conjuro
de algún amor inolvidable y viejo
se alzase de su negra sepultura...

Y nadie contestó... La noche oscura
volvió a hacerse en el alma, iluminada
en una momentánea primavera,
por la revelación de una mirada
perdida acaso para siempre... ¡Era
la que pudo ser todo y no fué nada!...

III



tanta bella cosa
como en ella se encierra,
¿ha de ser polvo y tierra
bajo el polvo y la tierra de la fosa?...

Y este rosal, amor de los amores,
en nuestro propio corazón plantado,
por nuestras propias lágrimas regado,
¿marchito morirá sin darnos flores?...

Y estas alas que tiemblan anhelantes
de remontarse hasta escalar el cielo,
¿caerán deshechas en el polvo, antes
de dar a nuestros sueños palpitantes
la alta y suprema sensación del vuelo?...

¡Oh, eternidad, eternidad ansiada,
no eres un mito ni un presentimiento!..
¡Yo te vivo y te siento
en la noche sin fin de su mirada,
que es una eternidad en un momento!...

IV



OLVIDO es cuanto ha sido,
y todo cuanto es
será olvido después;
y lo que existe y lo que no ha existido
serán también olvido...

Mira a tu corazón; dime, ¿qué ves?
¿Qué te eriza el cabello?... ¿Qué te espanta?...

¿Qué dogal estrangula tu garganta
que ni siquiera a respirar se atreve
tu labio?... ¿Qué contemplan tus pupilas
que te estremeces pálido y vacilas?...
Tu vida es una llama entre la nieve;
revolar de aturdida mariposa
en torno de una luz... Mármol de fosa
esparce su frialdad sobre tu frente...

Atracción pavorosa del abismo,
¡cómo el inquieto corazón te siente
cuando se asoma al fondo de sí mismo!...

V



RAS tú, y eras otra, y eran todas
las que no he amado aún, y las que amé...
¡En tu noche de bodas
todas las bodas del amor gocé!...
Y al despertar, al despertar ¿qué hallé?...

Tu carne amodorrada
de cansancio y sopor,

¡Igual, igual que la primera amada
que entre mis brazos desnudó el amor!..

¡Y en sus ojos idénticas ojeras
que en otros ojos, corazón, miré
al deshojar iguales primaveras!..
¡Y el amor muerto, y el hastío en pie!

VI



¡Fue un minuto tan largo!..
¡En él vivimos una vida entera!..
La soledad... la hora... Todo era
propicio... ¡Y sin embargo
no hicimos realidad nuestra quimera!..

¿Qué hosco destino contenernos quiso?..
¡Quizás el miedo y el pavor de tanta
dicha, nos hizo detener la planta
en el mismo dintel del Paraíso!..

¡Pasar dejamos el momento en vano!..
Felicidad, ¿por qué no fuiste mía?...

¡Ahora mi vida entera tiene esa
humillante tristeza de la mano
que se encuentra vacía,
cuando soñaba acariciar su presa!...

VII



E encontré solo en medio de un desierto
vastísimo... En sus áridas arenas
se devoraban entre sí las hienas
por devorar la carnazón de un muerto.

Todo mi cuerpo se agitó temblando,
cual si, en vez de a un cadáver, con sus dientes
agudos y sus zarpas relucientes,
me estuviesen las hienas devorando.

¡Y cómo no temblar de horror, si era
aquel seco erial mi vida enteral...
¡Mi vida de ilusión sin ilusiones!...
¡Y aquel muerto en la arena abandonado,
mi corazón iluso, devorado
por el hambre de todas las pasiones!...

VIII



RISTEZA, melancólica enlutada,
de ojos de fiebre y pálidas mejillas,
¿qué haces junto a mi lecho, prosternada
como una Dolorosa, de rodillas?...

¿Por qué lloran tus ojos?... ¿Por qué oran
tus labios, que al mirarte
tu misma pena el corazón me parte,
mis labios rezan y mis ojos lloran?

Todos se fueron yendo de mi lado,
y sólo tú quedaste, como una
hermanita mayor, junto a la cuna
de su pobre hermanito desahuciado...

IX



ARDIENTE sed de amar!... ¿Quién ha logrado
vencer tu ardor y sofocar tu audacia?...
Se rinde el labio de besar cansado,
mas la sed que le enciende no se sacia!

Insaciable y voraz boca lasciva,
¡ay, toda el agua de la tierra es poca
para poder sacionar esta sed loca
que te abrasa y te deja en carne viva!

Señor, ¿como castigo a qué delito
ancestral, has impuesto al barro humano,
que es deleznable, pasajero y vano,
este deseo eterno e infinito?...

¡Ay! ¡No vale este amor lo que nos cuesta!...
¿Dónde martirio más cruel que esta
sed que se aumenta cuanto más se bebe?...
¡Para tan larga sed la vida es brevel!...

¡Sólo el deseo ha de vivir!... Y cuando
el polvo vuelva al polvo, y en el frío
oceano de sombras del vacío,
la vida universal se vaya helando,

este ansia de amar, enloquecida,
porque la muerte su ilusión le roba,
aun ha de aullar, como una hambrienta loba,
devorando el cadáver de la vida!

X



¡Vida estéril e indecisa como
una espiral de humo en el vacío...
Al viento la arrojé, y a él la confío...

Ni siquiera me tomo
el trabajo de ver cómo se pierde
en la quietud de la arboleda verde,
deshecha y sin color... Naturaleza,

¿con qué jugo de lágrimas hiciste
esta vida tan triste
que a su lado es alegre la tristeza?...

XI



¡Y! ¿Por qué esta inquietud? ¿Por qué esta pena
de ser tan diferente
de aquel que fuimos o soñamos ser?...

¡Ver transformada en cardo la azucena,
en frío mármol nuestra llama ardiente!..
¡Y sin haber vivido, envejecer!

Y todo porque a impulsos de un mezquino
afán equivocamos el camino...
Porque el vuelo de un ave
nos engañó... Porque una voz suave
suspiró: — «Ésa es
tu verdadera senda...» Y caminamos
erradamente, y cuando — ¿Adónde vamos? —
nos preguntamos, tímidos, después,
hallamos que no era aquel sendero
el nuestro... Extraviado pasajero,
que abatido, sin fuerzas, sin orgullo,
sin rumbo fijo por el mundo vas,
¡prosigue ese sendero que no es tuyo,
que ya no hay tiempo de volver atrás!

XII



El amor, que en mi alma siempre ha sido
ansia de eternidad y sed ardiente
en mi carne voraz, nostalgias siente
(¿Por qué, divina juventud, te has ido
de mi oriental jardín?) de paz y olvido.

¿Dónde aquel vivo anhelo
que hizo a mi pobre espíritu elevarse
hasta el azul, para purificarse
en la inmortal serenidad del cielo?...

¿Y dónde aquella furia
de mi carne encendida
que fatigó los lechos de lujuria
y en sus hogueras consumió mi vida?...

El amor es hoy para
mi espíritu abatido
y la tristeza de mi carne avara,
un anhelo de paz, calma y olvido...

Algo de lo que siente
— quietud de muerte y mármol de plegaria —
una estatua yacente
en la callada iglesia solitaria...

XIII



CONOCER los principios y las causas,
las hondas crisis, las intensas pausas
del ser humano... ¿Para qué, Dios mío,
nos diste la razón?... Tan sólo hallamos,
a fuerza de pensar, que caminamos
ciegos entre las sombras del vacío...

¡Corazón, corazón seco de ciencia
y sediento de fe, dime, ¿qué sabes?...

¡Más felices que tú, con su inconsciencia,
son las nubes, las flores y las aves!...

Ellas siguen el ritmo de su suerte
en su ignorancia milagrosa y santa;
la nube lluvias fecundantes vierte,
las flores dan su olor y el ave canta...

¡Y sin pensar y sin haber leído
un solo libro!... A ti, que la alegría
de la vida, estudiando, has consumido,
¿para qué te ha servido
tanta sabiduría?...

¿Eres, acaso, más feliz?... ¿Más bueno?...
¿Más fuerte, corazón?... Con el veneno
que la ciencia ha dejado
de tus entrañas en lo más profundo...,
¡con todo lo que a ti te ha envenenado,
fueras capaz de envenenar el mundo!...

XIV



El sordo gotear de la llovizna
el aire mancha y el espacio tizna
de una tristeza lóbrega y aguda...

El rumor de la Vida es un ultraje
para mi alma, que se pudre muda
entre el plomo de un féretro... El paisaje
un tedio obscuro de carbón exuda.

El pensamiento, altiva chimenea,
hollina su terrible desconsuelo...
Todo es gris en la tierra y en el cielo,
y hasta el fermento de la carne humea

su inquietud, en neblinas tenebrosas,
como esos troncos muertos
que de verdín y de humedad cubiertos
se pudren en las charcas cenagosas...

Y en la quietud plumiza y desolada
de nuestro eterno y lóbrego fastidio,
como única esperanza de la Nada,
asoma su cabeza ensangrentada
el trágico fantasma del Suicidio!...

XV



N mí operan dos fuerzas tan contrarias
que no podrán jamás reconciliarse:
una tiende a elevarse
más allá de las cimas solitarias,
donde no llega aún el Pensamiento,
y la otra se aferra
cual molusco a su concha, al aislamiento
mezquino y cenagoso de la tierra...
Y entre las dos me siento
oprimido, confuso y sanguinante,

como en las zarpas de un león hambriento
y en las garras de un águila rampante...

¡Espíritu, flúido que me empuja
más allá de la Vida y de la Muerte!...
¡Materia que en sus légamos me estruja,
y en tierra de la tierra me convierte!...

¿Cuándo uno de los dos en esta liza
triunfará?... Ser un ángel o un gusano,
llama viva o ceniza,
¡ay, todo, todo, menos ser humano!...

Todo, mas no ese engendro monstruoso
de luz y sombra, de ansia y de reposo,
en donde el vicio y la virtud se encierran,
que tiene alas para alzarse al cielo,
y plantas con raíces que se aferran
como hambrientos tentáculos al suelo...

XVI



¿Qué me importa tu amor o tu desvío,
¡oh tú, la más mujer de las mujeres!...
Yo no busco tu amor : ¡me basta el mío!
Tú solamente eres
el ara donde adoro
a mi Dios... ¿Qué me importa que de leño
o de alabastro seas, si mi ensueño
puede cubrir tu mezquindad de oro?...

Que caigas rota ante mis pies, ¿qué importa,
si el culto eterno de mi Dios transporta
mi fe a otros altares?... Nuevas palmas
su sombra me darán... Eternamente
hallaré en el desierto el espejismo,
que a través de otros cuerpos y otras almas
— ¡corazón egoísta! — solamente
te amas y reverencias a ti mismo...

XVII



GENEROSA alma mía!...

Siempre, siempre has tenido
de par en par abierta
para todos, tu puerta...

¡De todos fué cuanto en tu casa había!...

¡Con todos tu riqueza has compartido!...

¡Cuántas hambres saciaste
en tu pródiga mesa!... Y ¡cuántas veces,